

# Mons. Angelelli en el Vaticano II

Presentamos a los lectores de *Tiempo Latinoamericano*, por primera vez, este texto escrito por Mons Angelelli al término del Concilio Vaticano II.



Llegamos al término del Concilio; hace cuatro años vivíamos la inauguración del Concilio Vaticano II: todos teníamos puesta la esperanza en el mismo; algo nuevo sucedería en la Iglesia a través del Concilio; no sabíamos ciertamente cuál sería su historia íntima, es decir su peregrinar, sería aprobar decretos y constituciones? no se cambiaría nada? sería un prolongar el Sínodo Romano? sería una asamblea original en el siglo XX, ignorada por el mundo y que solamente miraría al interno de la Iglesia? sería asunto de Obispos y de la Santa Sede? no importaría el cambio de estructuras, mentalidades, rumbos nuevos, diálogo dentro de la Iglesia, con el mundo, purificación y conversión de los cristianos?

Estas y otras preguntas asomaban en el corazón de cada Obispo, de cada cristiano, de cada sacerdote; pero quizás ver el Concilio por dentro, es decir, lo que el Espíritu Santo estaba realizando en el corazón mismo de su Iglesia y lo que realizaría en el interior del mismo, no era fácil descubrirlo, advertirlo, verlo y aceptarlo por muchos -incluso-, por Obispos, sacerdotes y laicos.

Y después de este caminar conciliar, al oír que las campanas de San Pedro tocan a fiesta; que las puertas de la basílica vaticana se

abren definitivamente, anunciando que el Concilio Ecuménico Vaticano II, ya es historia, que ha concluido; ya no existen ni secretos ni reservas; ya se han publicado sus Constituciones y sus decretos y Declaraciones; cada una de ellas tiene una historia particular que pasa a ser patrimonio de estudiosos, investigadores, teólogos, pastores; las fórmulas definitivas han llegado a su término; algunas después de laboriosas y discutidas sesiones; comenzamos con el *Veni Creator*, hoy se concluye con el *Te Deum Laudamus*.

Pablo, cabeza del Colegio Apostólico permanece en Roma, mientras los otros hermanos recorren los caminos del mundo para presidir sus comunidades cristianas. Pero... en estos cuatro años sucedieron muchas cosas; la Iglesia ha recorrido nuevamente los caminos de la Tierra Santa para descubrirse a sí misma tal cual había salido de las manos de su Fundador; ha contemplado la primigenia forma, se ha reconocido la misma, de Cristo; ha visto que su rostro, siendo el mismo, los siglos le habían cargado mucho ropaje, tenía el polvo de su peregrinar, no era fácil reconocerla por los ojos profanos de los hombres, porque muchas cosas accidentales habían sido considerado como esenciales; la ley mataba al Espíritu; la comunidad se miraba mas a sí misma que a los hombres a quienes tenía la misión la misión de predicar la Buena Nueva; ha sentido y medido el peso de lo accidental, y descubierto que es imperioso no olvidar las Fuentes.

Ha descubierto que los otros cristianos también son hermanos y no solamente herejes y cismáticos. Que los hombres de buena voluntad tienen el trazo de Dios; que los pueblos cansados de caminar en las tinieblas, buscan la Luz; que los pueblos miran a la Iglesia como la única esperanza; la Iglesia ha salido por los caminos del mundo y se ha hecho diálogo, hermana, comprensión, mensajera de Paz y Justicia; ha ido al encuentro de los responsables de los pueblos, en su misma Asamblea y le ha hablado de la Buena Nueva; de la Paz que ella tiene que entregarle, a los individuos y a los pueblos; los ha encontrado amigos, espectadores, deseosos de oírla; ha regresado cargada de emociones, de experiencias, de esperanzas, de sufrimientos, de angustias, de proyectos, de desorientaciones; ha descubierto que su misión es IR a los hombres y a los pueblos; que el corazón humano es capaz de recibir la Buena Nueva; que doctrinas, experiencias vividas, siglos de espera, le brindan la ocasión histórica del Anuncio de la Buena Nueva.

En esta Hora histórica de la Era Espacial ha descubierto que su misión no es solamente condenar herejías y errores, sino ayudar a caminar al hombre hereje y errado, que su idioma no debe ser triunfalista, pontifical, de potencia humana, sino el mismo idioma que usaba Jesús; que no es para ser servida, sino para servir; que los pobres y los humildes y afligidos son la preciosa herencia; que la hora es difícil pero estupenda, es la hora de Dios en este mundo contemporáneo y de viajes espaciales; que los cristianos no podemos mentir con la vida lo que proclamamos con el Magisterio Infallible y el Anuncio del Evangelio: que los hombres tienen hambre, sufren, no tienen paz; existe la guerra entre los pueblos; que la injusticia reina en el mundo; que muchos cristianos usan de la Iglesia para defender sus propios y egoístas intereses; que los consagrados del Señor no somos los auténticos evangelizadores de los pobres; que los siglos han echado sobre nuestras espaldas muchas vestiduras que impiden que los hombres nuestros hermanos se acerquen a nosotros y descubran que somos de los apóstoles de Cristo. Que nuestras actitudes; nuestras vidas; nuestras formas de vivir; desfiguran el rostro de Cristo.

Qué difícil es descubrir todo el contenido del Concilio para no quedarnos solamente en los acontecimientos superficiales; circunstanciales, anecdóticos; qué difícil es aceptar lo que impone el verdadero rostro del Concilio a Obispos, Sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos; que difícil es poner de rodillas para pedir suplicantes al mismo Espíritu que ha conducido el Concilio, que nos ilumine, nos fortalezca, nos ayude a ponerlo en acto; qué difícil es dejar las puertas abiertas del Concilio y no solamente de las Bibliotecas del Vaticano II para solamente los estudiosos; que fácil es cantar el *Te Deum* de un final de Concilio y no suplicar: *Veni Pater Pauperum, Veni Sancte Spiritu, Veni Dator Munerum*.

Será el saldo, la herencia del Concilio, una definición de tradicionalistas y progresistas? será para unos atrincherarse en el magisterio eclesiástico para evitar en la Iglesia nuevas herejías, de espaldas al mundo que los rodea? será para otros el olvido de la historia de la Iglesia, de los siglos que nos precedieron, que lo auténticamente, dolorosamente, definitivamente conquistado no tiene más valor, es historia pasada? que solo cuenta un presente vertiginoso, sin herencia, sin paternidad, sin continuidad? será mirar el presente con la fraseología moderna de quienes se saben redentores sin cruz, pacificadores sin Paz, profetas sin mensaje, existencias sin conversión? es que solamente han cambiado las expresiones pero las actitudes siguen las mismas? descubrirán en unos y en otros el hombre de la calle, el rostro de su Iglesia, la de Cristo, la del Evangelio, la de los mártires y la de los santos, la de los pobres? será un modo nuevo de triunfalismo, de poderío, de mistificación, de declamadores, de sectarios por exceso o por defecto? será una manera de cubrir lo que no se tiene, lo que no se posee, lo que no se anima a comprometerse?

Mientras tanto, por todos los caminos del mundo se oye hablar del Concilio.

Los Obispos hacen pastorales, dan directivas; los sacerdotes dialogan, se reúnen, opinan, encuentran eco a existencias sacerdotales vividas alegremente, vividas dolorosamente, vividas tristemente, vividas a pesar de tantas que pesan en el ministerio sacerdotal diario.

Hay Religiosos, con miradas miopes, que oran para que no vengan cismas en la Iglesia, la obediencia no se resquebraje, el hábito no sea quitado, las reformas no sean tan obligatorias como para poder seguir como siempre, para que los jóvenes no pierdan el espíritu religioso, para que las reglas y los costumbres sigan siendo la palabra infalible aún en contradicción con el Evangelio.

Los laicos, ignorantes en su mayor parte del contenido cristiano, divididos, sentenciando las reformas y los cambios como cataclismo en unos, como liberación en otros. Expectantes, dispuestos, apenados por los cambios, estructuras que caen.

Se sigue hablando del Concilio. Se citan las decisiones del Concilio, se respaldan actitudes y existencias en el Concilio. En unos el Concilio ha significado una especie de liberación, de una Iglesia asfixiante, cerrada, clerical, ritualista, desconectada del pueblo y comprometida con los grandes, los ricos, los señores del mundo. Demasiada apegada a la ley, al canon, a la norma. La Palabra de Dios,

casi sin cabida en la vida de los cristianos, con la gran preocupación de medir con la vara, si se cumplió, las tantas distinciones de los moralistas o las condiciones de los cánones, sin tener presente lo existencial o al hombre, con sus situaciones y sus circunstancias -su realidad presente- .

Para otros, ha significado desorientación, confusión, cambio de la Iglesia, caer en el protestantismo, negar los principios inmutables, caer en un relativismo, liberalismo en la Iglesia, hechar abajo las tradiciones de siglos -cfr. la liturgia, los otros decretos y constituciones-. Sentirse, solos, desguarnecidos, como si lo que se tenía hasta ahora no tuviese más valor, vacíos, incapaces de afrontar este caer de un andamiaje con el que se estaba seguro, actitudes de valiente para defender muchas cosas que interiormente no se está convencido, pero que por conveniencia es necesario hacerlo para no quedar desnudos y a la vista de todos, tal cual somos.

En unos y otros hablando de la hora del diálogo, pero incapaces de comprender al otro, de asumir realidades y existencias doloridas, desorientadas, tristes, expectantes. Mientras unos, hace algunos años, soñaban con cambios y estaban a la vanguardia de una reforma, hoy con la realidad de un Concilio que trae los cambios irremediamente, en mentalidades, se buscan hacer tantas distinciones y se usa un cobarde lenguaje de prudencia, porque se teme tomar las posturas vitales que hasta ayer se las pregonaba. Todos sienten que los cambios, las reformas son una realidad, se debe ser humildes y aceptar que con fraseologías en pro o en contra de las reformas, no se construye una Iglesia Conciliar. Se debe aceptar que no se estaba preparados para cambios tan fundamentales y que es necesario tener el coraje de ir construyendo el camino nuevo con pedazo de vidas dejadas en el camino. Es necesario cambiar mentalidades y por consiguiente cambiar la vida, en una palabra CONVERTIRSE AL EVANGELIO. Hoy se cambia el mundo, se construye una Iglesia purificada y testificante con santidad de vida, con hombres y mujeres nuevos capaces de hacer en sus propias vidas una *metanoia*. Es que las perspectivas de la hora presente no tiene sino una sola salida, un solo camino, ver todo desde la Fe, desde Dios, desde el pensamiento de Cristo, con una visión clara de la realidad existencial y asumirla. No sirve para construir una Iglesia Conciliar el pesimista, el calculador, el que mide conveniencias, el que especula con decretos y declaraciones del Concilio. No se puede construir una Iglesia Conciliar con los que añoran el pasado como refugio a sus pusilaminidades, a sus cobardías, a su falta de espíritu, a sus intereses personales o de casta. No se puede construir tampoco con los visionarios, los redentores, los profetas, incapaces de poner la mano en el arado, los cobardes y escandalizantes que ven la paja en el ojo del hermano pero que no quitan la viga de sus ojos. Los nuevos fariseos, los oportunistas de una Iglesia Conciliar.

No se cambian las estructuras ni las vidas por arte de magia, ni se puede anunciar una Iglesia de Amor, comprensión, de diálogo, de los pobres, con diatribas, actitudes no cristianas ni humanas. No se puede salvaguardarlos permanentemente de la Iglesia, lo que es y constituye el precioso legado de la historia de la Iglesia, con la permanente actitud inquisitorial, ignorantes del mundo de los que sufren, de los que quieren ver una Iglesia Madre, iluminadora de la vida de esta hora espacial, incamada y redentora.

Comenzamos a asistir a hechos, dentro de la Iglesia, que son reveladores, de que no podemos seguir como antes del Concilio. Existían en las bases de la comunidad cristiana y del presbiterio, toda una levadura que fermentaba la masa, con todas las exageraciones o derivaciones dolorosas: tienen el signo de lo nuevo que se construye; es la herida que ha reventado, pero es necesario que vuelque toda la pus para que aparezca la carne nueva y virgen; por qué temer a que aparezca la carne nueva, aunque cueste asumir el dolor y el sufrimiento de la purificación de toda la herida con la expulsión de la pus? Todo Concilio en la Iglesia es también una *metanoia* de la Comunidad Cristiana.

No podemos los Pastores ser los ciegos, o los remisos para asumir todo este doloroso y estupendo proceso metanoico. Si hemos dado a la Iglesia preciosos documentos conciliares, traicionaríamos nuestra misión pastoral, negándola con el ejercicio del ministerio, luego en el seno de las diócesis. Nuestros sacerdotes no están en

el contexto de solo realizar una vida sacerdotal según las solas prescripciones del Código, porque también la visión de la Iglesia del código es deficiente, jurídicista, no es la visión de la Iglesia de la *Lumen Gentium*.

Debemos ser los primeros, porque así lo hemos dispuesto en el Concilio, que el clero es el presbiterio, el amigo, el partícipe de nuestro sacerdocio y de nuestro oficio pastoral. No podemos pretender resolverlo todo y saberlo todo y considerar en la práctica a nuestros sacerdotes como menores de edad, incapaces de pensar, sugerir, ayudar. No son meros elementos pasivos que ejecutan órdenes, necesitan del padre, del amigo, del orientador, del que hace sentir la fecundidad del sacerdocio participado, a personas libres y responsables y concientes de la misión pastoral.

Hoy está en juego la existencia misma sacerdotal, no puede ser comprendida y asumida desde un escritorio curial, es necesario intimar, testificar el amor de Cristo entre quienes tenemos la gravísima responsabilidad de hacer resplandecer la Buena Nueva a través del "VEAN COMO SE AMAN", para que el mundo crea en Cristo y que en Él está la salvación y la felicidad.

La formación sacerdotal tenida hasta ahora, ha llevado a que vivamos aislados, creyendo que el dialogar es falta de obediencia o respeto, que solo rigen las categorías permanentes y eternas sin tener en cuenta el hecho de la Encarnación en cada hombre, en cada realidad existencial, por eso que somos duros, insensibles, incapaces de comprender, tanto en Obispos como en sacerdotes, los mismos que exigimos el diálogo y la comprensión, cuando actuamos o tratamos a nuestros hermanos, somos los testigos del individualismo y de la indiferencia.

Problemas personales, íntimos, no resueltos a su debido tiempo, en esta hora de cambios, desorientación y búsqueda, los hacemos universales, los trasladamos a la esfera de la comunidad y pretendemos que la solución debe ser como está fijada por nuestra visión personal, subjetiva y existencial.

Debemos saber distinguir lo que hay de verdadero, de permanente y universal para asumirlo y no negarlo, como si fuera no de acuerdo con el espíritu sacerdotal.

Es hora de actuar, pero para esto es necesario meditar antes, pensar, dialogar, buscar juntos, ser hombres de Fe, de Esperanza y de Caridad. Ser hombres que lo que sentimos o padecemos los pastores porque, es un precio de la hora presente, debe ser asumido, solucionando con la sensatez y la valentía que requiere quien se encuentra puesto a la cabeza de un pueblo a quien debemos conducir y no desorientar.

Pretendemos imponer lo que somos incapaces de realizar nosotros, pretendemos y derivamos cosas, incapaces de poner algo mejor, pretendemos conducir una renovación, cuando todavía no nos hemos percatado de todo lo que implica en nuestras vidas tal renovación. Obispos y Sacerdotes, es hora que despertemos de nuestro sueño y que de rodillas descubramos lo que el Espíritu Santo quiere.

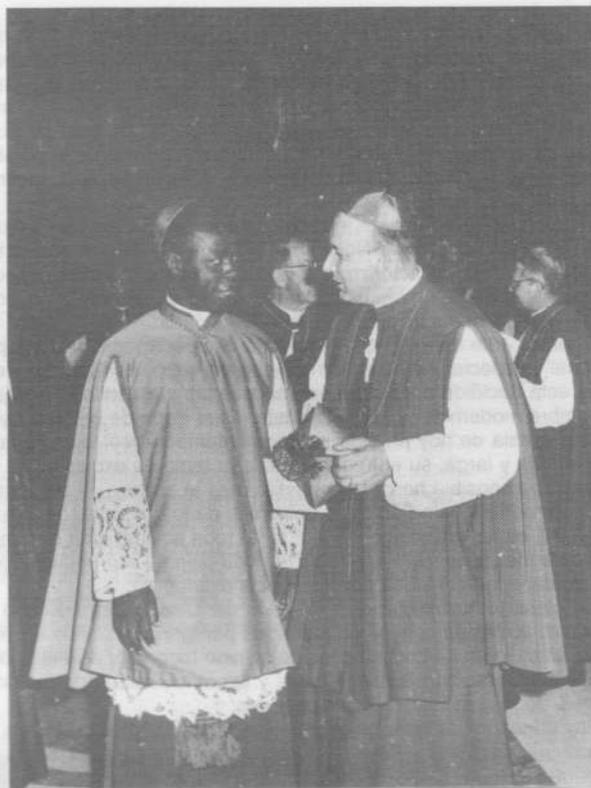
Si hechamos una mirada a la documentación conciliar, ciertamente que debemos confesar, que nos encontramos ante una riqueza tal, de donde es necesario ir sacando y desentrañando todo su contenido, porque es denso, justo, estudiado hasta la coma.

Ahora bien, entre los diversos documentos, los hay algunos maduros y logrados plenamente, por ejemplo, la *Lumen Gentium*, otros mas imperfectos, quizás desilusionados.

Sin embargo, es fundamental saber ver la documentación conciliar, a través de algún prisma. No se comprenden en su totalidad, sino a través del ministerio de la Iglesia.

Es decir, a través de la Constitución, *Lumen Gentium*. Esta Constitución es la columna vertebral y la obra maestra del Concilio. Quien no comprenda esta constitución y no la profunde, no comprenderá la panorámica de los otros documentos.

Es la Iglesia vista por dentro, pensada por el Señor, de las Fuentes que orientan los haces de luz hacia todo lo que significa su vida íntima y su relación y misión con el mundo. Después de haber vivido la historia laboriosa de cada comisión conciliar, de cada comisión en Aula, de cada esquema, se puede decir, que en el estado actual de la Iglesia, es lo que realmente se podía formular en los Decretos Conciliares.



Hay imperfecciones, omisiones, etc. No está cerrado el camino, se abre nuevamente una panorámica para seguir investigando, pastoralizando, enfocando nuevos y viejos problemas desde la perspectiva de la Iglesia, Ministerio del Pueblo de Dios.

Solo hemos de dilatar las pupilas de nuestros ojos para ver, experimentar, sentirnos actores, de que algo nuevo está sucediendo en el mundo y en la misma Iglesia, eterna y encarnada, humana y divina, salida de las manos de Dios y peregrina en el tiempo y en el espacio, santa, inmaculada, perfecta y a la vez, pecadora, manchada, infiel, porque en la condición del cristiano viandante, que aún no ha llegado a la Parusía, a las bodas con el Cordero de que nos habla el Apocalipsis.

Junto al monumento de estudio elaborado antes y durante el Concilio, junto a la experiencia recogida de una Iglesia que se da cita en un Aula Conciliar para dialogar de las de las distintas y diversas comunidades cristianas de los lejanos y cercanos pueblos del mundo, para meditar y libremente discutir la misión existencial de la Iglesia hoy, no queda sino bendecir al Señor por este gran acontecimiento del siglo; porque fue un hombre enviado por Dios que se llamo Juan, que fué fiel intérprete de los caminos del Señor y padre universal, que supo auscultar el corazón del hombre contemporáneo, quien puesta la confianza en el Cristo el Señor, guiado por el Divino Espíritu, sin cálculos humanos, con la intuición de los santos, con la fortaleza de los profetas, un día, 25 de Enero de 1960, dijo, CONVOCAMOS a la Iglesia a un Concilio Euménico, en la patriarcal basílica Vaticana, junto a la Tumba del Apóstol Pedro.

Hombres de poca fé, por qué teméis?, nos podría repetir el Señor, si, ante este acontecimiento, no proyecto sino realidad, ante el paso del Señor por los caminos del mundo contemporáneo y por el corazón de cada bautizado, miembro vivo de la comunidad cristiana, por el corazón de cada hombre de buena voluntad, no fuésemos capaces de gritar *Sursum Corda*, es hora de despertar del letargo y del sueño, es la hora de Dios, es la hora del Evangelio en este mundo trabajado, angustiado y sin rumbo: es la hora del Cristo, el Señor, que nuevamente nos envía a este mundo nuevo, a este mundo que se construye con la más estúpida técnica, pero necesitado del anuncio de la Buena Nueva, de los testigos del Amor, de los

testigos de la Cruz y de la Resurrección, de los testigos de la Iglesia de los pobres, de los humildes, de los afligidos, de los obreros. Sentimos a cada momento hablar de crisis cuando se detecta lo inauténtico, lo calculado y medido por el hombre, lo ficticio, lo accidental y transitorio hecho esencial, permanente. Cuando se atisba que es necesario adentrarnos en el corazón mismo de los problemas y en el corazón mismo del hombre, llámese Obispo, sacerdote o laico.

Estupenda, serenamente, optimista y realista visión de Pablo VI en la Sesión del 28 de Noviembre. El Concilio llega a su fin: tres momentos han caracterizado la historia de este Concilio; expectativa, entusiasmo; problemática, desorientación, extremismos; comprensión, constructividad.

Estamos ante un Papa que tiene toda una pedagogía pastoral personal y especial; no es el hombre que no ve; no es el hombre que no está decidido a las reformas necesarias y auténticas; no es el hombre modernista ni tradicionalista; es el Papa de la Iglesia y de esta Iglesia de hoy en este mundo contemporáneo; su mirada es profunda y larga; su entrega es total; su tacto es exquisito; su corazón es sensible hasta la angustia; mira el pasado, el presente y el futuro; tiene la visión de lo universal, de lo presente, de lo existencial; es fiel al Evangelio y por tanto toda actitud, toda reforma a emprender, todo cambio a realizar, toda palabra a pronunciar está medida y caracterizada por la esencia evangélica.

La Iglesia es un Misterio, el misterio del Dios Encarnado que ha puesto su tienda con los hombres; es peregrina, no inicia el camino, sino que tiene dos mil años de camino recorrido, asistida por el Espíritu Santo con las fidelidades y las infidelidades de los hombres, de los cristianos, de los pastores.

Hay un tesoro de vida, de experiencia, de patrimonio auténtico, de doctrina, de reflexión de estructuras, de santidad, que no puede ser ignorado, ni olvidado, mucho menos menospreciado, ridiculizado, descastado. Debemos ser de ayer y de hoy, del que puesta la mano en el arado no mira atrás sino adelante; prepara la tierra para la recolección, no importa si seremos nosotros u otros; pero conocer y suponer la bondad de la tierra presente, como también su pobreza y con ella trabajar sin descanso, esperanzados y sembrar... esperar, ayudar a que la semilla reviente, se pudra, aparezca.

Trabajamos con hombres y estructuras presentes, con circunstancias presentes, con realidades presentes, con medios que están en nuestras manos. Debemos ser fieles y comprometidos con la hora actual; tomar conciencia de la misión que la Providencia nos tiene señalada; no podemos ser evadidos, timoratos, falsamente prudentes, ni atolondradamente lanzados. El Señor ha derramado sus dones, unos profetas, otros, doctores, unos evangelistas, otros apóstoles, unos con el don de lenguas, otros con el carisma de la caridad... ser fieles a su contenido, a la misión que cada uno importa; porque ni el que planta ni el que riega... sino Dios que da el incremento... sin mí nada podéis hacer, dice el Señor.

La elaboración conciliar nos lleva a una Iglesia, apostólica, misionera, universal, abierta, santa, evangélica, pobre, signo, rostro, sacramento del Dios escondido; a una Iglesia que siendo de Hoy quiere y siente la necesidad de dialogar y comprender al hombre actual; que no está puesta para condenar, sino para sanar y salvar; que quienes están constituidos en autoridad en el Pueblo de Dios, son servidores, fieles a lo que el Espíritu Santo obra en el seno de la comunidad y en cada cristiano, para ayudar, servir al Señor en la Comunidad y en el hombre, si la autoridad es esencial en la Iglesia, no es fin en sí misma sino servicio de la Iglesia para que todos conozcan al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

Si Pío XII hace quince años anunciaba al mundo el nacer de una Primavera; si Juan convocó en un gesto profético la Iglesia en Concilio; hoy a la misma Iglesia de Pío y de Juan, guiada por Pablo, colegialmente ayudado por el Colegio Episcopal; ha tomado mas conciencia de sí misma, ha profundizado su misión, ha invitado al mundo al diálogo, se ha hecho misionera, madre, mensajera, apóstol. Vivimos como en una fortaleza, regocijándonos con la posesión de la Verdad, con la mirada puesta en el exterior para descubrir a los enemigos de esa verdad y enderezar nuestras baterías apolo-géticas para condenarlos, aniquilarlos, destruirlos y triunfalmente regresar a nuestra fortaleza, orgullosos de haber hecho la gran

obra evangélica.

Gustando nuestros ritos y nuestras ceremonias pontificales, entre pocos, los elegidos, los seleccionados del mundanal ruido en un idioma que solamente lo comprendíamos nosotros y que importaba poco que lo comprendieran los del pueblo.

Amigos de defender nuestros propios derechos siempre creyendo que eran los derechos de Dios. El mundo era el enemigo de nuestra salvación y con este principio así absoluto, construimos nuestros andamiajes de formación sacerdotal y cristiana, de nuestras instituciones y asociaciones.

Mirábamos al hombre como objeto no de amor, sino de conquista triunfalista. Del puro que hace partícipe al impuro. De extraños en un mundo al que no nos comprometíamos, para no correr el riesgo de contaminarnos y condenarnos.

Las páginas del Evangelio, eran para ser citadas en ampulosos discursos y sermones, no para ser vivida, comprometida, hecha vida. El protestante, el hereje, el cismático, el ateo, el comunista, el hombre que se debatía en las calles de la ciudad para reivindicar la justicia de su salario o de un pedazo de pan para sus hijos, era el enemigo de la religión, de la Iglesia de los católicos, era el comunista, el enemigo a quien enderezar nuestros argumentos y si-logismos.

Entiéndase bien todo lo que digo en estos párrafos. Quiero ver sólo lo negativo de una Iglesia peregrina, que se sentía cómoda en su posición, junto a lo temporal. Estacionada, establecida, tranquila, viviendo de sus riquezas históricas y de la perennidad de su existencia.

Pero, un día, Juan el Bueno, quiso que junto a la Tumba de Pedro, junto a los Padres del Concilio, los Hermanos Separados tuviesen un lugar de privilegio. Llegaban de todas partes, evangélicos, metodistas, ortodoxos, etc., cada uno con una historia hecha de lágrimas, de dolores, de olvido, de desprecio, de errores, de desorientaciones, de búsqueda, de infidelidades, a la Iglesia de Cristo. De haber confundido lo que era transitorio y accidente en la esencia de la Iglesia, de los hombres de la Iglesia que no... no juzguemos, veamos la realidad... alegrémonos hoy en el Señor, porque a la misma mesa se han acercado los mismos que hoy les decimos hermanos separados, ayer los condenábamos y le teníamos como los perversos enemigos. Unos y otros con el mismo signo: CRISTIANOS.

Hay mucho camino que rehacer, pero el encuentro ha sido ya efectuado, el diálogo iniciado, el lenguaje es otro, un lenguaje cristiano, fraterno, de búsqueda sincera de la VERDAD, caminando juntos y no preparando argumentos de refutación, sin habernos encontrado, distanciados hace siglos, con toda la carga histórica y afectiva que esto supone. El Aula ha reservado también un lugar para el laicado, lamentamos mucho, que desde el principio, no se hubiera dado al Presbiterio un lugar de preferencia, ya que constituyen los *cooperatores ordinis nostri*.

Por sobre la noticia periodística, la noticia sensacionalista de moderados y progresistas, está la actitud sincera, personal, libre de quienes desde distintos puntos de vista, han dialogado, han discutido hasta acaloradamente, con el único fin de hacer resplandecer la Verdad.

Esta lección no debe ser olvidada ni menos valorada, ya que supone un encuentro de quienes se saben responsables de una misión, de un Oficio Pastoral y por tanto los criterios han sido expuestos con amplitud de opinión.

Mientras callan las campanas de San Pedro, las aclamaciones de despedida, de Acción de Gracias concluyen; el Vaticano Segundo ya ha operado lo suficiente como para no retroceder en el camino.

*Surrexit Christus spes nostra.  
Procedamos in pace,  
in nomine Domini Iesus.*

**Mons. Enrique Angelelli**  
Diciembre de 1965